

El acompañamiento espiritual y los abusos de poder y de conciencia.

Rufino J. Meana S.J.¹

“El arma más poderosa en manos del opresor es la mente del oprimido”
(N. Chomsky)

Agradezco a la Facultad de Teología la invitación a participar en estas jornadas que afrontan un tema esencial: la calidad de las relaciones entre las personas de Iglesia, tanto *ad intra* como *ad extra*.

No resulta cómodo mirar al acompañamiento religioso focalizando la atención tan sólo en los posibles abusos, obliga a mirar cara a cara a todo lo malo pudiendo llegar a confundirse la mirada parcial con la mirada global. Por nuestro ejercicio profesional, estamos acostumbrados a sortear este escollo; para un profesor de psicopatología es claro que hablar del enfermar no es hablar de lo que es el ser humano, sólo de un posible aspecto de éste. En este contexto, creo que conviene dejar claro desde el comienzo que vamos a hablar solamente de un aspecto posible de la tarea de acompañar, el que alude a los riesgos de entrar en una relación abusiva. Tanto a lo largo de nuestra experiencia personal como en las décadas que llevamos en contacto con contextos religiosos, hemos tenido la fortuna de encontrarnos con muchos buenos acompañantes: personas de Iglesia que, desde su experiencia de Dios, el conocimiento adquirido a través de formación seria, la intuición que sólo educa la práctica y la decencia moral son acompañantes, gobernantes o líderes desprendidos de sí, anónimos místicos sin búsqueda de reconocimiento, evangelizadores espontáneos y honestos, auténticos agentes de liberación personal; personas íntegras y fiables. Es cierto que, con más frecuencia de lo esperable, también hemos asistido con profundo desconcierto a otros modos de proceder sobre los que construimos las reflexiones que ofrecemos a continuación.

Hemos de ser muy honestos, salvar lo mucho valioso que hay en el ámbito del acompañamiento personal en la Iglesia Católica, no puede hacernos caer en la restricción mental de no ver el gran problema, y reto, al que nos enfrentamos: separar el mucho trigo de la abundante cizaña. Esto es algo que sólo podemos hacer desde dentro, con determinación y olvidándonos de viejas fórmulas bienintencionadas que reiteradamente se han desvelado como inservibles; es el reto que nos propone el Papa Francisco en multitud de declaraciones oficiales.

El tema propuesto, *“Acompañamiento Espiritual y Abusos de Conciencia”*, es extraordinariamente complejo porque, para hacer una exposición adecuada y completa,

Publicado en: AA.VV., *Jornadas Teología: ‘Abusos de Poder y de Conciencia en la Iglesia’*, PPC, 2023.

Al tratarse de la transcripción de una ponencia, el escrito no contiene las referencias bibliográficas oportunas en un artículo. Hemos optado, sin embargo, por ofrecer al final la bibliografía consultada sobre la que se sostienen diversas afirmaciones y constataciones.

¹Profesor de *Psicopatología Clínica* en las titulaciones de Psicología y Criminología. Co-Profesor de la asignatura *Práctica del Discernimiento Espiritual* en la Facultad de Teología de la Universidad P. Comillas.

habría que aludir a diferentes temas, cada uno de ellos necesitado de atención exclusiva. Relato algunos de ellos en forma de interrogantes que, a mi juicio habría que responder sin apuro, tras serias reflexiones: *¿qué es acompañar?; ¿dónde están las fronteras entre acompañamiento espiritual, formación, dirección de conciencia, gobierno, discernimiento, liderazgo, consejería, conversación espiritual, amistad, simple charla entre adultos?; ¿qué ocurre en una relación interpersonal donde una parte se reserva más que otra? ¿o no se reserva?, relación en la que una de las partes tiene una autoridad per se o atribuida; ¿cuándo alguna de estas relaciones se convierte en inadecuada, éticamente reprobable, en mala práctica profesional?; ¿quién acompaña?; ¿quién pide (o no, simplemente, se entiende que debe de dejarse hacer) ser acompañado y por qué?*

Y, claro, al hilo de estos interrogantes habría que hablar de la **preparación** para acompañar: la formación específica, la supervisión por parte de expertos para garantizar una buena práctica. También sobre la **idoneidad** de los acompañantes: *¿quién selecciona a las personas que van a acompañar y sobre la base de qué criterio?; toda persona con autoridad de gestión ¿está cualificada humana y técnicamente para acompañar espiritualmente?; toda persona con una experiencia personal de Dios, ¿está cualificada humana y técnicamente para acompañar a otros?, etc.* Podríamos seguir.

Todo esto son temas que giran tanto en torno a la calidad de la persona que se va a dedicar al acompañamiento como en torno a la calidad de su preparación y a la calidad de su práctica real en el día a día. Al tiempo, son cuestiones que aluden a algunas características de las personas que son acompañadas, que podemos resumir en 'vulnerabilidades'; bien sea por su constitución psíquica, su extracción sociocultural, su situación en el marco de la institución en la que se encuentra, o, sencillamente, por su estatus en comparación con el de la persona que acompaña desde cualquier otro punto de vista.

Gran parte de los interrogantes enunciados vienen siendo fundamentales en la formación de profesionales que van a trabajar con personas desde hace décadas; particularmente, en la de psicólogos o psiquiatras con conciencia ética. La pregunta que hemos de hacernos en la Iglesia es si son igualmente cruciales, invitando a un discernimiento serio, cuando hablamos de personas que acompañan y asesoran la vida de otros, tanto en su dimensión espiritual como en sus aspectos humanos comportamentales.

Por último, en una completa y adecuada aproximación al tema que nos ocupa, no podríamos dejar aparte el difícil tema de la **responsabilidad corporativa**: más allá de asuntos legales (que exigirían un extenso tratamiento aparte), la responsabilidad ética y religiosa que tiene una institución cuando permite que un individuo acompañe, avalándole con palabras o con gestos (un nombramiento de formador, párroco, consiliario, responsable, etc.); sobre todo, avalándole con silencios (en un 'dejar hacer', implicando que el tal 'hacer' es del agrado institucional). Sí, otorgando un respaldo explícito o implícito que le concede una *auctoritas* que esa persona, quizás, nunca tendría sin ese aval institucional. Responsabilidad corporativa frente a los abusos de conciencia, espirituales, de poder, frente a dejación de funciones; un tema denso por sí sólo que pide ser reflexionado.

Evidentemente, no es posible abarcar aquí, en una ponencia, cada uno de estos aspectos y algunos otros posibles, aunque, es cierto, solamente con enunciarlos ya estamos expresando algo: existen, están ahí, son un reto poque, con demasiada frecuencia, son un problema.

Efectivamente, nos vemos en la necesidad de seleccionar y de profundizar menos de lo conveniente pero nuestro deseo es, al menos, contribuir a aumentar el campo de

conciencia sobre la magnitud de lo que habríamos de afrontar sin dilación, con sosiego, pero sin treguas. No sería poca cosa.

1. Acompañamiento Espiritual: el gran instrumento de la Iglesia.

La iglesia es una institución que tiene a la **relacionalidad** como piedra angular de su estructura y funcionamiento; tradicionalmente, las relaciones interpersonales han sido determinantes. Aquí vamos a utilizar el genérico 'acompañamiento' para referirnos a esta relacionalidad, conscientes de que la denominación tiene sus limitaciones; nos resulta adecuada para centrarnos lo que deseamos ir enfatizando. Se acompaña cuando se mantiene una conversación espiritual, cuando se escucha la experiencia de Dios de otros o cuando se da testimonio de la propia; cuando uno asiste al camino de conversión de otro guiando y alentando; también cuando se confiesa o cuando se gobierna, dentro de los ámbitos de Iglesia, utilizando el poderoso instrumento del discernimiento que interroga a acompañado y acompañante para subrayar la presencia del Espíritu.

Verse bien acompañado es trastienda esencial de un camino de conversión que no puede hacerse en soledad, el encuentro con el Resucitado se da en el marco eclesial. Acompañar bien está tras la constitución de un Pueblo de Dios que camina unido en torno a un pastor; tras la vida religiosa empastada por el voto de obediencia; tras el anuncio de una buena noticia para muchos: no están condenados a vivir bajo el yugo del discurso de otros, el de sus propios engaños o el de las tendencias e imposiciones sociales, sino libres de cadenas, identificados con el modo de proceder de Jesús de Nazaret. Acompañar bien es guiar por un camino de liberación que conduce a encontrarse cara a cara con el Resucitado, verdadero acompañante en nuestro camino de perfeccionamiento en la compasión.

Hablar de dinámicas abusivas en el marco del acompañamiento toca, inevitablemente, asuntos muy nucleares del *modus operandi* de amplios sectores de Iglesia y es urgente hacerlo si deseamos, como nos insta el Papa Francisco, acabar con una 'cultura eclesial' con demasiadas ambigüedades, manipulaciones, abusos de poder y asaltos a la dignidad de individuos para poder adentrarnos en un modo de proceder que él mismo ha calificado como 'cultura del cuidado'.

Nosotros, aquí, vamos a identificar la cultura cristiana del cuidado con valores y actitudes evangélicos. No podemos perder de vista que la misión de la Iglesia es anunciar el Evangelio, colaborar con la Obra de la Redención promoviendo, en lo posible, el reinado del modo de ser y de proceder de Jesús de Nazaret en nuestro tiempo; es decir, anunciando una Buena Noticia para el tiempo presente a quienes que se sienten indignos, a los que se ven cautivos de otros, a quienes sufren tormento físico, psíquico y/o espiritual. Un Reino en el que la compasión es piedra angular de toda relación humana y de sus estructuras sociales.

Parece claro que es contrario al anuncio evangélico -por tanto, a la misión de la Iglesia- toda actuación que traiga como resultado la aparición de personas mancilladas en su dignidad, más prisioneros de otros o más atormentados que antes de encontrarse con nosotros. Sí, la cultura del Evangelio es *cultura del cuidado* para quien más lo necesita por eso es Buena Noticia para quien ha perdido la esperanza de verse reconocido por otros en su dignidad, la connatural a toda criatura de Dios.

1.1. La mala práctica en el acompañamiento.

Hay acompañamientos que son **camino de sometimiento**, por tanto, son abusivos. Aquí querríamos hacer una puntualización. Con demasiada facilidad, al hablar de estos temas se nos va la imaginación hacia acompañantes psíquicamente perturbados, malévolos, moralmente corruptos. A nadie se le esconde que es indispensable tratar de minimizar la presencia de este perfil en la Iglesia; existe, es real y resultaría imposible no pronunciarse en contra de los actos vandálicos de estos individuos, hombres y mujeres. Sin embargo, corremos el peligro de pensar que ahí reside todo el problema y que, con agudizar la mirada y los sistemas de control para que estos sujetos perturbados ni estén ni actúen (no sería poca cosa), estaríamos afrontando suficientemente la dificultad de la mala práctica y sus consecuencias. Nada más lejos de la realidad.

Queremos traer aquí el problema que no parece problema, el acompañamiento 'normal', de parte del acompañante 'normal', que, sin embargo, inadvertidamente, va causando un mal, con frecuencia sutil y, muchas veces, profundamente dañino. Es lo que en medicina se denomina *yatrogenia*: el mal que se infringe, casi siempre inadvertidamente, en una intervención terapéutica, con la mejor de las intenciones. Se trata del abuso que pasa desapercibido, hasta que es demasiado tarde: la banalización de los efectos de un mal acompañamiento, la impericia que termina poniendo al acompañado al servicio de las ideas o necesidades del acompañante bajo capa de bien, o el acompañante que se siente sirviendo abnegadamente al Reino, asistiendo a las necesidades de infinidad de almas que necesitan ayuda, cuando, en realidad, lo que se está produciendo es una relación parasitaria en la que un acompañante que se nutre de la vida de otros en modos diversos.

La intencionalidad del abusador no puede ser un criterio para determinar si hay relación abusiva; tampoco el nivel de conciencia que tenga de su mala práctica. Con mucha frecuencia las limitaciones personales de quien acompaña hacen que sea ciego a sí mismo y no es extraño que se encuentre muy confiado en su propia valía y criterio dado que la Iglesia o su institución le ha confiado esa tarea. No tiene intención de abusar, pero el resultado es abuso; esto habría de preocuparnos.

Por su sutileza, el acompañamiento inadvertidamente abusivo es uno de los principales problemas que ha de afrontar la Iglesia y éste viene de parte de una falla en la selección de personas, escasez en la formación de acompañantes o falta de adecuada supervisión, al menos.

1.2. Algunas afirmaciones básicas sobre abusos en el acompañamiento.

Para administrar lo mejor posible el tiempo del que disponemos, en primer lugar, haremos una serie de afirmaciones, en forma de **corolarios**, conscientes del peligro de simplificación que pueden tener. Más adelante, entraremos brevemente en algunos detalles sobre diferentes áreas que aparecen en los enunciados siguientes:

- Nada tiene de evangélico un acompañamiento que asfixie a la **conciencia** del acompañado, el corazón de su libertad; que prive a la persona de tomar sus propias decisiones según sus propios criterios iluminados por su relación con Dios.
- Nada tiene de evangélico un acompañamiento que menoscabe el sentimiento de **dignidad** personal, exigiendo una humildad que tan sólo es sometimiento y tolerancia a la humillación; la humildad cristiana no se exige *a priori*, sino que es consecuencia de vivir como inmerecido el incondicional amor de Dios.

- Tampoco lo es un acompañamiento que dé como resultado que sean otros quienes lleven las riendas de la vida de la persona acompañada; todo acompañamiento que subyugue, produciendo más cautiverio y opresión que liberación, es contrario al anuncio evangélico. Recordando a Lucas 4:18, hemos sido enviados a colaborar en la obra de la redención “*proclamando libertad a los cautivos, poniendo en libertad a los oprimidos*”.

- Si mi presencia en la vida de otros, como acompañante, no es ocasión para que la persona viva en plenitud, no sólo no estoy siendo evangélico. Como mínimo, estoy siendo negligente, seguramente por impericia bienintencionada; en el peor de los casos, porque mi personalidad no tolera que otros florezcan.

- Si mi presencia en la vida de otros sirve antes al propósito de perpetuar instituciones, usos y costumbres o estructuras de gobierno, por encima del crecimiento espiritual de la persona con sus particularidades creadas por Dios, no sólo no estoy siendo evangélico, estoy manipulando a una persona para que sirva a necesidades, dinamismos y angustias corporativas.

- Si mi presencia como acompañante sirve principalmente a mi narcisista deseo de sentirme poderoso, respetable o idealizado, no sólo no estoy sirviendo a la causa del Evangelio, estoy utilizando a una persona, como si fuera un objeto, al servicio de mis necesidades insatisfechas.

- De igual modo sucedería, si la utilizo para servir a mi deseo obsesivo de que todo esté bajo control; a mi necesidad de cuidar a quien no lo ha pedido, “*por su bien*”, en realidad, para que me lo agradezca y sentirme significativo para alguien; o utilizo a otros para saciar mi curiosidad y necesidades sexuales insatisfechas y, tal vez, vergonzantes.

- Si creo que la expresión ‘*quien bien te quiere te hará llorar*’ es una opción para modelar a otros desde el ejercicio de poder, a veces denominado ‘formación’, y les acompaño desde esta perspectiva, estoy lejos del evangelio. Como lejos estoy si creo que mi misión es dictar normas y principios morales o gobernar la Iglesia y sus instituciones con mano de hierro, como si fuera de mi propiedad, para que permanezca y no se deteriore, según mi criterio, por encima de cómo esto pueda afectar a las personas; por encima de tomar en consideración su vida de Fe, su criterio adulto, su discernido punto de vista inspirado por Dios; es decir, sin asumir que cada individuo del pueblo de Dios, o de colectivo que acompaño, tiene algo significativo que decir en el modo de ser y estar de la Iglesia o de la institución eclesial en la que se encuentre.

- En todas estas circunstancias y en otras muchas posibles, estaríamos instrumentalizando al otro al servicio de nuestras propias necesidades, nuestros puntos de vista, nuestras preferencias. En palabras de San Ignacio de Loyola, viviendo y actuando para satisfacer nuestro propio ‘*amor querer e interés*’; puro egocentrismo enmascarado, alejado de un discernido servicio desinteresado a los demás en su camino de conversión y a la misión encomendada por Cristo a su Iglesia.

Y, claro, si mi paso por la vida de otros, como acompañante, no favorece que vayan profundizando en un camino personal de encuentro con Dios en el que yo iré perdiendo protagonismo hasta ser prescindible, mientras que la persona irá ganando en sabiduría espiritual y capacidad para discernir, si no es así, estoy cometiendo **abuso espiritual** en mi acompañar. Porque no sólo instrumentalizaré al otro para ponerle a mi servicio o al de la institución con la que me identifico; no sólo le someteré a mis criterios privándole de la innegociable dignidad de vivir conforme a los suyos propios, libre e independientemente; no sólo le convertiré en un mero engranaje de una institución que podrá ser fácilmente reemplazado sin drama. Lo peor de todo, es que le privaré de lo más sagrado para un

cristiano: una relación con Dios personal e intransferible. Le habré inoculado una idea de Dios que sólo 'es', si está mediado por mí y sólo será comprensible, si yo le interpreto; eso es tomar el nombre de Dios en vano. Habré logrado que esa persona para estar con Dios deba de estar conmigo, me habré interpuesto cometiendo el mayor de los sacrilegios: impidiendo que la criatura llegue a encontrarse directamente, cara a cara, con su Creador y Señor.

Estos son algunos de los asuntos de los que habría que hablar con calma cuando se habla de acompañar bien, de abusos de autoridad y/o de conciencia. Insistimos en que somos plenamente conscientes de que este tipo de formulaciones, tan cerradas, siempre necesitan ser matizadas pero la intención es que nos ayuden a pensar y a caer en la cuenta de lo que, tal vez, no habíamos pensado.

Lo complicado y, por qué no decirlo, atemorizante, es que golpear con el martillo sobre este importante eslabón en la vida de la Iglesia produce resonancias ensordecedoras en todo el andamiaje institucional. Hablar de acompañamiento, es hablar del funcionamiento de la Iglesia y de cada una de sus instituciones; hacerlo subrayando que puede estar habiendo abusos de conciencia, de poder o espirituales en el día a día relacional es desatar un terremoto que conmociona todo. De ello es bien consciente el Papa Francisco cuando, denomina '*cultura del abuso*' (algo que excede lo puntual) a los abusos sexuales, de poder y de conciencia y dice:

“Todo lo que se realice para erradicar la cultura del abuso de nuestras comunidades, sin una participación activa de todos los miembros de la Iglesia, no logrará generar las dinámicas necesarias para una sana y realista transformación.(...) Es necesarios unir esfuerzos para erradicar esta cultura de muerte (...) la magnitud y gravedad de los acontecimientos exige asumir este hecho de manera global y comunitaria (...) se hace imprescindible luchar contra todo tipo de corrupción especialmente la espiritual (...) es necesario que cada uno de los bautizados se sienta involucrado en la transformación eclesial y social que tanto necesitamos” (Carta del Santo Padre Francisco al Pueblo de Dios, 2018, [2])

Tras el shock inicial producido por el desvelamiento en avalancha de los abusos sexuales contra menores por parte de clérigos, todos los análisis encaminados a la comprensión de lo que estaba ocurriendo e iniciativas para minimizar de aquí en adelante el drama, coinciden en que las grandes raíces del problema no son, ni siempre ni principalmente, una cuestión reducida a una sexualidad humana perturbada; siendo esto, sin duda, algo que hay que atender con urgencia sería un reduccionismo peligroso.

La sexualidad humana posee muchos otros significados relacionales más allá de la mera satisfacción de un instinto mediante la genitalidad. Puede ser un instrumento para comunicar y hacer sentir infinidad de emociones positivas y negativas, entre las que se encuentra el vector poder-sumisión. La gran mayoría de expertos preocupados por analizar el problema y buscar soluciones, elevan la mirada por encima de las conductas concretas de abuso sexual contra menores y adultos para fijarse en el vector poder y su campo semántico (v.gr. dominación, control, ambición, también inhibición de la propia responsabilidad, sometimiento, sumisión, etc.); un poderoso articulador relacional que, cuando no está ordenado, produce multitud de desmanes entre los que los abusos sexuales son tan sólo algunos de ellos.

En el particular marco de la Iglesia, todo experto subraya que urge revisar una estructura de gobierno y ejercicio de poder, en donde el acompañamiento es piedra angular,

que puede llegar a producir abusos de todo orden, que trascienden al físico/sexual, por más que éste sea un epifenómeno terrible y preocupante. Esta es la razón por la que, como decíamos, el Papa Francisco siempre que habla de abusos menciona la tríada *poder/conciencia/sexualidad* y utiliza la palabra 'cultura'. Al hilo de esto, el experto Jesuita Hans Zollner llega a preguntarse “¿qué enfermedad hay que ha producido este cáncer en la Iglesia que afecta no sólo en asuntos sexuales sino en las relaciones interpersonales y en la incapacidad para vivir desde nuestros valores?” (Conferencia en la Universidad P. Comillas, 2019).

Nos vemos ante el abismo que abre esta pregunta.

2. Algunas áreas necesitadas de consideración.

Nos vamos a fijar en un contexto básico de acompañamiento, el que se da entre dos personas a solas, al que ulteriormente añadiremos la variable institucional con sus matices propios. Sin poder ser exhaustivos, especificaremos algunos de los asuntos que pueden estar interviniendo para que esa relación termine siendo de naturaleza abusiva. Sería la situación básica a partir de la cual se podrían extrapolar las dificultades a contextos grupales o estructurales.

2.1. Las personas que acompañan

Sería esperable que la persona que acompaña esté en disposición de un **sujeto ético** suficientemente bien constituido; es decir, que tenga una capacidad espontánea para un comportamiento ético donde la compasión ocupa un lugar preeminente. Esperaríamos encontrar un individuo sensible no sólo a no causar daño o injusticia, también ante todo un abanico de características que algunos han denominado '*fundamentos morales innatos*' y se podrían resumir en valores como: *cuidado, ecuanimidad, lealtad, respeto al orden de autoridades, inviolabilidad física, reconocimiento de la autonomía*. Dimensiones constitutivas de un sujeto que se ha encontrado consigo mismo, asumiendo una historia relacional inevitablemente rica en experiencias de vulnerabilidad, crisis y superación que le cualifican como apto para poder hacerlo con otros, al reconocerles su condición de semejantes; comprendiendo su sufrimiento o adelantándose al posible. Algo que o está natural y espontáneamente presente en un adulto maduro o es muy complicado de instaurar. Dicho crudamente, no hay cursillo ni buenos deseos que constituyan un sujeto ético maduro, por tanto, hay quienes nunca van a ser aptos para acompañar por más que les apetezca o hayan realizado toda la formación imaginable; recordemos la clásica aseveración “ningún deseo por intenso que sea se puede convertir en derecho”, tampoco el de ser acompañante en la Iglesia Católica; alguien con criterio y autoridad ha de decidir quién sí y quién no.

Cuando algo falla en la constitución del sujeto ético (cosa no siempre aparente) se suele notar en su vida cotidiana, se les ve como 'persona incómoda' para otros aunque, con frecuencia no se sabe explicar por qué; ciertamente, en el delicado y ambivalente espacio del acompañamiento será alguien peligroso/a. De modo más o menos consciente y deliberado, tenderá a despersonalizar a los demás asignándoles estereotipos -basados en algún rasgo cultural o de carácter, por ejemplo- o a utilizarlos anulando su voz, tal vez su sentir, irrumpiendo en la vida del acompañado con gran desconsideración; incluso cuando apenas haya conocimiento serio de la persona. Opinará y dirigirá su comportamiento imponiendo su criterio o dando por sabido lo que puede costar años conocer en el otro. Los

derechos y criterios del acompañado pasan claramente a un segundo plano siendo agentes de un auténtico asalto a la dignidad de este.

La persona ética vive desde la compasión que surge de la capacidad de reconocer en el otro a un semejante, connaturalmente digno desde su fragilidad. Para poder percibir compasivamente al semejante, con inclinación a cuidarle, uno ha de haber vivido esa fragilidad antropológica en primera persona y a un *alter* como presencia salvífica; haber tenido la vivencia de que ha habido alguien que ha sido auténtica tabla de salvación para la propia vida es irremplazable a la hora de ponerse a hacer lo mismo con otros. Un sujeto psíquico sano vive tan determinado por la compasión que la 'hetero-conservación' se vuelve un imperativo *sine qua non* para alcanzar la propia plenitud existencial: cuidar del otro, incluso por encima del propio bienestar. Cualquier madre o padre sanos que se 'des/vive' por ver a los suyos vivir, sabe de qué estamos hablando. Cualquier persona de Iglesia que se dedica a acompañar debería ser suficientemente fuerte en esta dimensión si no queremos que termine siendo, en algún modo, abusivo.

Hasta aquí, un breve subrayado acerca de un tema vital: la selección de acompañantes. Si no se ha seleccionado adecuadamente a un sujeto sano en su dimensión ético-relacional va a resultar muy complicado que sea un acompañante apto. Esto sólo se puede saber si el candidato a acompañante ha pasado por un proceso de acompañamiento intenso con alguien suficientemente perceptivo como para captar el sujeto real que subyace a discursos aparentemente bellos y cargados de connotaciones espirituales; en ocasiones tan sólo son una eficaz cortina de humo.

2.1.1. Necesidades inadvertidas del acompañante

Todo ser humano posee necesidades físicas y psíquicas que pueden no encontrarse enteramente satisfechas. Es bueno saber de ellas y buscar los cauces directos o indirectos para satisfacerlas o aplacarlas. Un sujeto ético deficientemente constituido puede manejar mal sus insatisfacciones -las advertidas y las inadvertidas- y tenderá a hacerlo instrumentalizando a otros. Evidentemente, un contexto como el acompañamiento se convierte en un espacio peligroso si el/la acompañante es alguien de este tipo.

Las necesidades psíquicas insatisfechas nos interesan porque, con frecuencia, son sutiles y la propia persona puede ser ciega a las mismas. Seguramente, sólo pueden empezar a ser desveladas con una experta supervisión, un tema que será recurrente a partir de ahora.

- **Necesidades sensuales-sexuales.** Pueden parecer las más evidentes y sobre este tema hay ríos de literatura. En términos generales, sabemos que los acompañantes han de tener el suficiente equilibrio psíquico como para que sus -inevitables- necesidades sensuales/sexuales no interfieran en una relación íntima como lo es la de acompañar; más cuidado habría que tener, si cabe, cuando hablamos de acompañantes célibes que puedan tener algún tipo de insatisfacción personal al respecto. Nos encontramos en un contexto de alta intimidad unilateral (en principio, sólo es una parte, el acompañado, la que realmente se desvela) y para el ser humano la comunicación personal, el contacto visual intenso, el entorno cuidado para facilitar el encuentro, tal vez, el deseo de cuidar y proteger o de ser cuidado y protegido, etc., son algunos de los precursores del despertar del deseo sexual, más aún si se también aparece algún tipo de atracción física. Nadie está libre de esta posibilidad, entre adultos, pero si apareciera alguna señal se esperaría del acompañante la suficiente integridad y lucidez, quizás ayudado por la supervisión, como para manejar la situación

adecuadamente, es decir, desde una ética profesional sin fisuras. Esto requiere aprendizaje.

- **Necesidades narcisistas.** Se trata de otro 'clásico' recurrentemente citado. Sí, podemos encontrarnos con acompañantes con un alto grado de necesidades narcisistas a flor de piel; personas que buscan acompañar para experimentar la mirada de fascinación en otro y la sensación de ver el propio ego engrandecido. Podría ocurrir que, en una persona normal, el oficio de acompañar refuerce el placer narcisista de verse constantemente en la posición de quien sabe, el que asesora o da instrucciones; como ocurre en otras profesiones de ayuda, eso puede terminar por hacer creer al acompañante que realmente sabe, tiene la última palabra, ve las cosas mejor que los demás, etc. Sí, es un riesgo que conviene tener previsto y es muy útil tener otros contextos en los que uno puede recibir otro tipo de *feed-back* que ayude a conservar un mayor realismo. El caso es que, en su versión más dura, se puede llegar al extremo de que algún acompañante tan sólo busque y espere de los demás confirmación del propio y engrandecido sentimiento de valía; la relación se convierte en una manipulación del otro para que sólo pueda devolver constante fascinación acrítica y, si no es así, será rechazado porque, sencillamente, no sirve al propósito para el que se le necesita. El otro es un objeto al servicio del yo del acompañante.

- **Necesidad de experimentar que alguien está apegado emocionalmente a quien acompaña;** es más sutil que los anteriores. Habla de cómo maneja el acompañante su soledad y en qué contextos encuentra pertenencia, apego, experiencia de interconexión o amistad. Si tiene carencias en este ámbito, utilizará a sus acompañados para vivir la sensación de que posee vínculos afectivos sintiendo que otros le tienen por significativo, por referente; anhela la vivencia de ser alguien para alguien, de poder responder a la pregunta existencial sobre 'quiénes son los míos'. Se trata de una necesidad muy humana que ha de estar suficientemente resuelta para no instrumentalizar en forma de pseudo/amistades lo que, en realidad, debería de ser otra cosa. Un acompañante ha de tener satisfechas sus necesidades afectivas, de compañía o de amistad fuera del entorno del acompañar para no confundirse ni confundir.

- **Necesidad de la vivencia de estar al mando.** Se suele hablar del vector poder, lo hemos hecho, como un vector importante, pero habría que analizar a fondo a qué nos referimos con 'poder' porque podríamos encontrar diferentes dinámicas motivacionales.

Desde luego, la más evidente la de **quien desea verse con autoridad** porque le otorga estatus, libertad, tal vez, impunidad; este último sería otro asunto importante para otra ocasión: quien controla para que no le controlen. El caso es que disfruta de sentirse al mando de su vida y de la de otros privándoles de llevar las riendas de su propia existencia en distintas tomas de decisiones, modos de comportarse, de divertirse, de vivir, etc.; frecuentemente convencido/a de que todo es por el bien de la persona. En no pocas ocasiones, puede ir más allá y buscar experimentar la vivencia de verse capaz de **someter anulando al otro**; es un tipo de vivencia de vencedor que sólo aparece si el otro es perdedor. Son sujetos que experimentan un cierto grado de satisfacción al ver la impotencia y el fracaso ajenos, llegando a provocarlos, aunque sólo sea focalizando la atención del acompañado en sus fallos, en su incapacidad para ser perfecto/a. Sólo ese subrayado, seguramente cierto porque todos tenemos imperfecciones, ya le proporciona la satisfacción de ver al otro impotente o humillado y, consecuentemente, sentirse a sí mismo poderoso desde su perversa capacidad para subrayar los muchos inconvenientes ajenos.

Otra dinámica de este ámbito del poder es la de quien busca controlar a otros porque así **calma sus propias ansiedades**. Cuando en su entorno todo está en orden siente paz y si alguien a su cargo se desordena se pone nervioso/a, tal vez enfadado/a o iracundo/a. En realidad, lo que suele ocurrir es que se trata de alguien con potentes ansiedades y miedos de diversa procedencia que, además, no sabe qué hacer con la persona que tiene delante; su función de acompañante le desborda, y lo que se le ocurre se agota en unas pocas recomendaciones fáciles. Esto sucede, tal vez, por falta de preparación, de experiencia, de madurez, de cualidades personales o por todo al tiempo. Ocurre más en momentos de crisis de personal, cuando hay que improvisar asignando responsabilidades, como dirección espiritual, a personas que en otras circunstancias no se les otorgarían y se valora como virtud una presunta prudencia que en realidad es temerosidad o aparente bondad que, en realidad, es temor a irritar al contexto por pura debilidad personal; en último término son víctimas angustiadas que generan víctimas para salvarse de su propia tortura, abusadores inadvertidos.

2.1.2. Mala práctica en marco institucional

En **contexto institucional**, además de necesidades psicológicas insatisfechas del acompañante como las mencionadas, pueden aparecer matices importantes que contribuyen al surgimiento de una mala práctica en el acompañamiento. Por contexto institucional entendemos agrupaciones que van desde parroquias a órdenes religiosas o congregaciones, grupos eclesiales diversos, etc. Lo interesante para nosotros aquí es subrayar la existencia y peso específico de un colectivo que va a determinar la actuación del acompañante. En términos generales, hablamos de aquellos acompañantes que sienten que se deben a ese colectivo antes que a la persona acompañada. Sujetos para quienes su preocupación fundamental es verse siendo buenos representantes de ese grupo, o ver cultivado su buen nombre entre los suyos, viviendo estos imperativos por encima de principios éticos como el respeto a la conciencia del otro, a su autonomía cognitiva y emocional, a su experiencia de Dios, etc.; lo importante en la relación es que el acompañante se dice a sí mismo algo así como *'yo soy y me debo al grupo, el acompañado es sólo un medio para demostrar mi fidelidad y valía institucional'*.

Podemos decir para entendernos que este acompañar al que nos referimos tiene una 'doble agenda'. Aparentemente se acompaña a una persona en su camino de conversión o en su discernimiento, por ejemplo, para ver si ese colectivo o institución es el espacio adecuado para vivir la Fe; discernimiento que, recordemos, siempre tiene dos sujetos discernientes: el grupo que personifica el acompañante y la persona acompañada. Discernimiento que exige de ambas partes ir alcanzando una exquisita neutralidad que permita abrirse paso al Espíritu. El problema viene cuando el aparente objetivo principal de la relación no es prestar atención a la libertad del sujeto acompañado y a su experiencia de Dios sino, más bien, servir a los intereses de la institución a la que representa el acompañante. Tal vez, logrando que la persona acompañada se incorpore o permanezca; tal vez, que desista; o que gane en docilidad a las estructuras establecidas, etc. Así se promueven conformismos acríticos o inseguridades que sólo pueden ser calmadas con un modo de ser y estar precisos, según convenga a la estabilidad institucional desde el parecer de quienes detentan el poder. Este tipo de manipulación puede hacerse de tres modos principales:

- **Inoculación ideológica.** Generando en el acompañado sistemas conceptuales simplificantes sobre la vida, la sociedad, la religión; auténticos 'candados

ideológicos', muy del gusto de acompañantes preocupados por clausurar todo pensamiento crítico, así como de acompañados inseguros, asustados de vivir en libertad cognitiva. Sistemas conceptuales que sirven al propósito de aglutinar grupos que serán muy resistentes al cambio y garantizan a sus integrantes sosiego en forma de pertenencia y, sobre todo, de sensación de estar en posesión de 'la verdad' que a otros se esconde. Así, aparecen en las instituciones eclesiales los grupos y sujetos 'seguros' frente a los 'inseguros', quienes aciertan frente a los que se equivocan, los que son de 'los nuestros' frente a los que no. Esto ocurre, no pocas veces, dentro de una institución dividiéndola, dando lugar a subgrupos capitaneados por un/una acompañante, que se sienten más propietarios de ésta que los demás porque no se cuestionan entre sí y califican de poco confiables a otros. Se generan camarillas, auténticos *lobbies* de poder, enmascarados en forma de lenguajes y formas presuntamente adecuados frente a los que no lo son tanto, que se autoperpetúan dejando en la insignificancia a quienes no son de los suyos. Se trata de un doble abuso, el infringido a la persona que ve su conciencia crítica minimizada y el que se da sobre las personas que no aceptan entrar en ese círculo de influencia con sus dobles lenguajes, sutilezas y razones aparentes.

- **Colonización emocional:** mucho más sutil y, seguramente, devastador para el sujeto que la padece. El colonizador emocional es capaz de apoderarse de la mente de la persona colonizada, quien pasa a sentir como propio lo que son los pensamientos, los deseos, las preferencias del colonizador. De esta manera la identidad del colonizado es suplantada por la del colonizador, desapareciendo cualquier atisbo de juicio crítico sobre su abusador; incluso admitiendo como propios estados emocionales inducidos: por ejemplo, alegría o consolación asociadas a lo que en realidad es humillante (son frecuentes fórmulas como "*tienes que estar muy alegre... por todo lo malo que te ocurre porque significa que Dios te quiere más*" "*Tienes que estar muy consolado por cómo te prueba Dios*"....) o tristeza o desolación ante lo que solamente es una opinión de puro sentido común pero contraria al parecer y sentir del colonizador sobre algún asunto ("*supongo que te sentirás avergonzado/a por pensar, sentir eso*"; "*si opinas así, sientes así... seguramente es que estás desolado/a...*"). Sutilmente, se llegan a auténticas anulaciones de la individualidad, también en el sentir, frente una idealización del grupo, sus dinámicas y criterios; uno 'tiene que' pensar y sentir lo que se le indica hasta el punto de que puede estar convencido de que lo piensa y lo siente, algo que se desmorona rápidamente cuando cambia el contexto o la autoridad. Cuanto más se aproxime al tal sometimiento, más feliz habría de ser según se ocupa el colonizador de dictar; cuanto menos se someta, el colonizador le hará caer en la cuenta de que, verdaderamente se siente más infeliz, con sequedad espiritual, y vivirá como si así fuera sintiendo que es real. Puro sometimiento cognitivo, emocional, acríptico, más inadvertido que consciente.

- **Adoctrinamiento.** Menos sutil que los anteriores pero muy eficaz a efectos de control mental. El acompañamiento se convierte en un auténtico manual de instrucciones para personas necesitadas de que les digan cómo vivir, víctimas de una vulnerabilidad por dependencia de la que hablaremos a continuación. Quedará claro que la voluntad de Dios es servir al grupo/institución, sus necesidades e intereses sin razonar, solamente siguiendo el tal reglamento dictado, donde mediante el seguimiento de las rutinas oportunas y renunciando a todo parecer, reside la salvación. Es un sistema sencillo que puede pasar de generación en generación y responde a la antigua tentación de simplificar la relación con Dios, suplantándola por formalismos y rutinas, evitando tener que decidir, ganando la seguridad de que todo se hace bien y, tal vez, está garantizado el lugar en el más allá, tras la muerte; no así para otros. Acompañar adoctrinando es abusivo porque

lejos de hacer florecer el alma humana, la seca y convierte a las personas en autómatas irreflexivos incapaces de discernir atendiendo al soplo del Espíritu Santo.

En todos estos casos, el “éxito” de acompañamiento está en que cuanto más desaparezca la persona acompañada como sujeto autónomo con capacidad de ver, juzgar y actuar en el seno de un grupo o institución, más querido/a se siente, menos excluido, con mayor pertenencia.

Hay efectos colaterales de esta mala práctica en el acompañar que contiene una gran carga de deshonestidad con el sujeto y mucho de fidelidad a un mecanicismo institucional: **desconfianza y desafección** hacia la institución, hacia la Iglesia. La persona que puede ir siendo, en algún modo, consciente de su manipulación, se siente tan engañada como insignificante y, si trata de expresar sus impresiones sobre acciones que esconden intereses particulares o decisiones apuradas y sin fundamento, nunca será atendida y respetada validando su buena percepción de las cosas. Más bien, en el acompañamiento aparece lo que clásicamente se ha denominado “*hacer luz de gas*”. Una bien conocida manipulación en las relaciones interpersonales donde una parte hace que la otra sienta que está perdiendo el juicio, porque le hace creer que nada de lo que piensa que ocurre en esa relación estaría ocurriendo, que su captación de la realidad es tan sólo fruto de su imaginación y, en nuestro caso, seguramente falta de amor y de confianza en la Iglesia. Estamos ante el comienzo de un camino de ‘desafección acompañada’, donde lo primordial es que la persona no debe de enunciar sus impresiones porque, a juicio del/a acompañante están equivocadas y no contribuyen a la paz social institucional. Así se le hace saber que, tal vez, su pensar es fruto de su falta de virtud o humildad, quizás envidia por no verse parte de la célula que detenta la influencia o el poder lo que le convertiría en alguien necesitado de mayor abnegación. En ese momento, el acompañamiento es abusivo porque cancela el pensamiento razonable y lúcido del acompañado jibarizando su dignidad.

A poco conocimiento que tengamos de la Iglesia y sus dinamismos, sabemos que las situaciones abusivas que venimos relatando, de ningún modo pueden ser generalizables, pero sí existen. Son abusivas porque disminuyen a la persona acompañada y hablan de un modo de proceder muy alejado de una tradición mística católica que busca ayudar al individuo a vivir en plenitud en una progresiva identificación con Cristo y, desde ahí, vivir discerniendo y decidiendo, aproximándose a las circunstancias de la vida como lo haría Jesús.

No es de extrañar que para acompañantes de los que venimos mencionando, y para sus acompañados sometidos, ideologizados o adoctrinados, el discernimiento es puro relativismo que interroga la verdad que ellos o ellas manejan. No tienen dificultad en cuestionar uno de los más antiguos instrumentos de nuestra centenaria tradición mística: la necesidad de discernir para no engañarse, para no ser engañado o para equivocarse lo menos posible en las diversas y necesarias tomas de decisiones a lo largo de una vida espiritual. Es a lo que se refiere el Papa Benedicto XVI cuando en 2005 dice a un grupo de sacerdotes de Aosta: *“Ninguno de nosotros tiene una receta hecha, entre otras razones, porque las situaciones son siempre diversas”*.

Como acompañantes, no tenemos derecho a condenar a ninguna persona a repetir mecánicamente un modo de ser creyente en el mundo, tratando de uniformizar discursos y presencias como si el anquilosamiento formal fuera el sueño de Dios para el hombre. Decir que Dios nos crea libres es respetar la capacidad para discernir de cada sujeto. Pensar que

alguien sólo es colaborador de la Obra de la Redención si coincide con mi modo de ver las cosas es, sí, tratar de suplantar a Dios; tomar el nombre de Dios en vano.

2.2. Algunas posibles vulnerabilidades en las personas acompañadas.

Al hablar de diferentes factores que pueden intervenir en un acompañamiento abusivo, no podemos detenernos en la observación del acompañante y de sus contextos institucionales. También hemos de prestar atención a las posibles vulnerabilidades de las personas acompañadas.

Este siempre es un tema controvertido que puede despertar malestar en algunos; hemos tenido ocasión de observarlo al adentrarnos en asuntos como el maltrato a la mujer o el abuso sexual de menores. Por eso deseamos dejar claro que, cuando se analizan estas situaciones, centrar la atención en la parte abusada no significa ni culpar, ni patologizar a la víctima sino caer en la cuenta de qué personas pueden ser particularmente vulnerables ante un sujeto, el abusador, quien, de modo más o menos consciente, va a sacar rédito tangible o intangible de esa vulnerabilidad.

En la prevención y tratamiento de las situaciones de maltrato, ha ayudado mucho tratar de comprender la psicología de las personas abusadas que, frecuentemente, tienden a repetir circunstancias abusivas a lo largo de su vida; que tienden a excusar al victimario o incluso a culparse a sí mismas. Se trata de buscar saber más para ayudar mejor, sin perder de vista los espacios éticos que ocupan cada parte y sus respectivas responsabilidades.

Efectivamente, en las situaciones de acompañamiento religioso, es importante avanzar en conocer más y mejor las posibles vulnerabilidades con las que los acompañantes pueden encontrarse para que, si es un acompañante digno e íntegro, evite hacer un daño no deseado. Esto no siempre es sencillo de prever por eso insistimos constantemente en la necesidad de una adecuada supervisión.

Cuando hablamos de personas vulnerables, tendemos a pensar tan sólo en las situaciones más evidentes: niños o menores, personas desamparadas, ancianos, enfermos de diversa naturaleza, etc. Son individuos que claramente requieren de una aproximación cuidadosa, respetuosa, con los matices correspondientes a su condición y grado de vulnerabilidad. Sin embargo, suelen quedar fuera de nuestro espectro de preocupación algunos tipos de persona que por su propia naturaleza psíquica (no hablamos de patologías, recordemos) pueden ser víctimas de relaciones abusivas. El acompañante íntegro y ético, además de cuidar su comportamiento también tiene la responsabilidad de saber identificar a tiempo los puntos débiles de sus acompañados para no contribuir a generar una relación enfermiza, tal vez abusiva, tal vez incluso delictiva.

Querríamos traer aquí solamente tres posibles tipos de sujetos psíquicos que convendría manejar con cuidado porque pueden tender a *'meterse en la boca del lobo'*. Evitaremos, como venimos insistiendo, los casos de personas con patologías claras, sobre todo de personalidad (por cierto, un buen grupo de quienes piden acompañamiento fuera de contexto institucional) que habría que saber detectar y derivar a tiempo a un profesional. Recordemos que acompañar bien también es saber cuándo la persona que uno tiene delante necesita de otro tipo de aproximación, sustituyendo o complementando el acompañamiento. Yendo a lo que podemos traer aquí:

- **Personalidades con tendencia a la dependencia.** Son personas con un alto grado de normalidad, adaptadas, con capacidad para relacionarse razonablemente, pero anhelan alguien que les indique cómo vivir, qué hacer, qué decidir. Su deseo es que otro

deseo y planifique por ellos/as. Son personas muy complacientes y agradecidas, pero con serias dificultades para ser libres, autónomas e independientes. En una institución jamás causarán problemas, pero tampoco aportarán ninguna solución o iniciativa esperando que otros lo hagan; son pesos muertos y la institución tendrá que ver si puede asumir este tipo de personas y en qué número.

Desde el punto de vista del acompañamiento nos vamos a encontrar con una dificultad a la hora de liberar a los cautivos de sí mismos. Ayudar a alguien a ser menos dependiente es una misión complicada porque, si no se acompaña bien y se entra en su demanda de dependencia estamos fracasando en la esencia misma del acompañar: que la persona sea más libre. Pero si no se entra en su estilo relacional, probablemente la persona se sentirá abandonada, mal atendida en lo mucho que necesita del acompañante, y busque a otro del que pueda depender mejor. Además, si el acompañamiento va bien y ayuda a esa persona en ganar autonomía psíquica y espiritual también puede ser una dificultad porque, en algunos contextos, los independientes no siempre son bienvenidos y su nivel de conflictividad en ese contexto, que prefiere complacientes, aumentará siendo el acompañante el que se queda en evidencia ante otros por generar 'personas molestas'.

- **Pobre imagen de sí mismo/a**, con un bajo sentimiento de potencia, ideales inalcanzables que desaniman antes de comenzar a avanzar hacia ellos, gran sentimiento de culpa por cualquier minucia que le aparte de la perfección, o todo al tiempo. Una persona así busca que le devuelvan una imagen empoderada de sí: la de alguien que siempre acierta, con la seguridad de estar cumpliendo con lo que debe hacer, libre de inseguridades; mejor aún, claro, si esa imagen viene revestida del agrado divino. Identificarse con el mejor de los creyentes posible puede proveer de una identidad postiza, como si fuera alguien consolidado y seguro de sí, con respuesta prevista a todo interrogante, duro juez con otros que le hace sentirse poderoso, sabio, seguro. Una impostura ambivalente que, a pesar de la aparente seguridad que trae, suele dejar al sujeto en un estado de permanente malhumor frente al mundo: ni termina de ser lo perfecto que debería, ni termina de reconocerle a él o ella como estima que debería hacerlo. Algo bastante alejado de la suave paz consolada que trae el seguimiento pacífico y humilde de un Dios compasivo por parte de una persona reconciliada con sus impotencias.

Acompañar ayudando a construir este tipo de imposturas en personas frágiles que precisamente buscan este tipo de escondimiento, es un peligro para la propia persona (vivir en falso es un grave problema que siempre aparta de la felicidad) y para la misión de la Iglesia. Es contribuir a construir sujetos psíquicos aterrados de ver su verdadera y frágil naturaleza, atrincherados tras su convencimiento de su elección divina, tiranos fundamentalistas que maltratarán a otros siguiendo el conocido axioma de ser '*fuerte con los débiles, débil con los fuertes*'. Un buen acompañamiento está lejos de pactar con este tipo de demandas, no es sencillo, pero es lo responsable; no hacerlo es abusivo por omisión, es permitir un autoengaño dañino para todos.

- **Bajos recursos materiales y económicos** más allá de los que el grupo religioso o la institución provee. No es un tema que suela ser tomado en consideración, pero pensamos que está siendo una seria dificultad en algunos contextos. Personas que se someten sabiendo que no tienen alternativa porque el contexto les provee de beneficios tangibles, recursos que jamás tendrían fuera del mismo. Con frecuencia albergan rencor por experimentar su pertenencia como un 'mal menor', dobles vidas, mentiras existenciales conscientes, mientras que parecen cumplir, *grosso modo*, con lo

esperable. Siempre hasta que algún eventual golpe de suerte le permita deshacerse del contexto del que depende materialmente y al que no sólo no ama, sino que, tras un largo tiempo de estancia ha vivido como cautiverio inevitable. De nuevo, no es un asunto sencillo de manejar porque, en algunas circunstancias, hay contextos de Iglesia que ofrecen beneficios tangibles difícilmente alcanzables por estas personas en otros espacios (formación, calidad de vida, atención sanitaria, etc.). Acompañar bien esta vulnerabilidad significa ayudar a la persona a aceptar sus circunstancias, buscar un contexto adecuado, ganar en honestidad consigo mismo/a y con otros; no permanecer en un contexto en el que se espera que las personas estén por opción personal no por huir de los sinsabores de la vida buscando refugio.

Es evidente que estos breves brochazos sólo tienen como finalidad ofrecer algunos ejemplos en los que aspectos particulares de los acompañados pueden ser una dificultad tal que conviertan a la tarea de acompañar en una relación poco ética donde el acompañante, casi siempre inadvertidamente, perpetúa roles, modos de ser, fortalece cadenas o tolera engaños; es una relación abusiva por pura impericia, tal vez comodidad y no responsabilizarse de los problemas de otros. En estos asuntos la buena formación y supervisión son cruciales; entrar en estos terrenos y otros parecidos sin esas ayudas es irresponsable y, por tanto, poco ético. Mucho más si no detuviéramos a hablar de verdaderos trastornos de personalidad, algo que ya indicamos que no es del todo infrecuente.

2.3. Selección y formación de acompañantes

Santa Teresa de Jesús mostraba gran interés en seleccionar el más adecuado confesor/consejero/acompañante tanto para sí misma como para sus hermanas carmelitas. Es muy clara al expresar su opinión de que no todos los confesores son lo suficientemente *eruditos en las cosas de Dios* y, por tanto, no son merecedores de su confianza. Además, no duda en cambiar de persona las veces que estime necesarias prefiriendo los acompañantes más formados porque *son gran cosa letras para dar, en todo, luz*. Buenas letras y erudición en las cosas de Dios son dos asuntos diferentes y complementarios. La buena formación cada vez es más importante en este campo, pero no basta con un currículum académico para ser un buen acompañante. La erudición en las cosas de Dios viene forjada en la propia experiencia de oración y en la capacidad para una honesta y profunda relación con las personas que permita al acompañado sentir esta experiencia en el acompañante porque, no olvidemos, a Dios también se le descubre en el encuentro con algunos seres humanos ("*quien me ve a mi ve al Padre*", Jn. 14, 9); el acompañamiento puede ser un sacramental.

Todavía hoy, hay personas dedicadas a acompañar que denigran la formación específica en esta materia, más aún si ésta incluye algún asunto relacionado con la psicología. Les parece que ellos ya tienen suficiente intuición natural sobre lo que es lo nuclear del alma humana; afortunadamente cada vez son menos. No son pocos quienes optan por una 'pseudo/auto/formación' a base de cursillos o lecturas deshilvanadas de las que toman lo que les resulta más interesante sin un criterio técnico claro, lo cual suele manifestarse como un caos considerable en el manejo de las personas que atienden. Es una irresponsabilidad.

Están también quienes distorsionan las cosas desde *a priori* antropológicos blindados mezclados con principios morales a los que otorgan categoría de absolutos; toman elementos de la psicología científica descontextualizándolos para que confirmen lo que ellos '*ya sabían*', descartando aquellos datos o aspectos que les contradicen. Estos últimos son

particularmente peligrosos porque tienden a llamar 'acompañamiento' a lo que en realidad son manipulaciones, algunas ya mencionadas; caer en sus manos es entrar en un círculo casi sectario donde la **culpa y la vergüenza** son articuladores indispensables para lo que ellos entienden como ayuda.

Por suerte, en nuestra época la idea de **ética profesional** está alcanzando también al mundo del acompañamiento. Ser un buen profesional significa tener buena formación teórica y práctica, así como haberse visto supervisado por expertos que le ayuden a realizar bien su trabajo. Formación que, en una persona espiritual, ha de incluir aspectos específicos sobre teología y discernimiento de espíritus junto a aspectos importantes de la psicología humana que hoy no podemos desestimar. Además, debería haber vivido la experiencia de haber sido intensamente acompañado en su propio itinerario vital, como existencia abierta a la trascendencia, junto, no nos cansaremos de repetirlo, con una adecuada supervisión de su actividad profesional.

Una buena **antropología psicológica** ayudará mucho en la tarea de acompañar; esto requiere una breve aclaración. Está muy extendido acudir a las técnicas psicoterapéuticas como 'caja de herramientas' que puedan servir para el acompañamiento espiritual; la similitud aparente de las situaciones invita a ello. Sin embargo, esto ha sido y es fuente de graves confusiones y solapamientos: acompañantes que, más o menos intencionalmente, juegan a ser psicólogos adoptando las poses más estereotipadas que ofrecen algunas escuelas de psicoterapia; quienes mezclan técnicas de diversos modelos teóricos sin caer en la cuenta de que responden a planteamientos antropológicos contradictorios y fines diferentes; acompañantes que incluso se embarcan en el ámbito del psicodiagnóstico, etc. Además de violar códigos éticos o rozar el intrusismo profesional (delito penado) hacen daño a las personas.

El acompañante espiritual ha de tener la suficiente formación en psicología como para detectar problemas y, si observase dificultades, el comportamiento ético esperable sería derivar a esa persona a un experto en los asuntos psicológicos, no ponerse él mismo a resolverlos sin haber recibido formación reglada, contrastada y supervisada. Nosotros pensamos que, incluso teniendo formación en psicología, si el objetivo del encuentro es el acompañamiento personal de tipo espiritual, en el caso de necesitar una aproximación más técnica, lo indicado sería derivar al acompañado a otra persona para el propósito terapéutico con las condiciones que este propósito establezca. Pasar de un marco a otro es confundirse y confundir.

¿Qué formación en psicología podría ser de mayor utilidad para una persona que desea saber más de antropología psicológica? A nuestro juicio, aunque algunos asuntos procedentes de la psicoterapia pueden ser interesantes, lo son más los que provienen de otros saberes psicológicos como la psicología del desarrollo o evolutiva, la psicología social o la psicología existencial. Ofrecen aprendizajes acerca del ser humano que van más allá de rebuscar técnicas para salir del paso ante asuntos complicados. Además, en la tarea de aprender sobre la naturaleza humana, comenzar por uno mismo es un buen principio; bien mirados, somos el mejor libro de psicología del que disponemos. Bien mirados, significa que uno tiene que haber tenido un buen acompañamiento psicoespiritual y, es crucial, una rigurosa supervisión por parte de acompañantes expertos y lúcidos.

Sin estos mimbres, resulta difícil imaginar a un acompañante razonable, pero, además, si deseamos ser realmente éticos, insistimos en algo ya enunciado: **no todo el mundo sirve para la tarea de acompañar**. Hay personas que, sencillamente, no están equipadas con las cualidades humanas necesarias para ello según hemos dicho al comienzo. Más allá de estar de suficiente sujeto ético, acompañar tiene un aspecto artístico

en cuanto que requiere intuición, creatividad, abnegación (el artista deja su tiempo y vida en su obra, el acompañante desaparece para que el acompañado viva); sabemos que no todo es mundo puede ser considerado artista por más que lo desee. Formarse y actuar éticamente también significa asumir que, tal vez, uno no esté llamado a tener ese rol en la comunidad eclesial.

Subrayada la importancia ética de la formación, con plena conciencia de que no es necesariamente garantía de un buen hacer, creemos que es importante dedicar unas muy breves palabras al 'encuadre'; es el nombre por el que se conoce el dejar claras las condiciones de la relación que se va a iniciar. Ayuda a las dos partes a saber estar, no confundir planos, evaluar. Es muy importante.

2.4. Sobre la naturaleza de la relación: importancia del encuadre y de la supervisión para evitar ambigüedades relacionales.

Muchos de los problemas que vienen siendo detectados en la tarea de acompañar provienen de la falta de claridad en ambas partes, acompañante y acompañado, sobre lo que realmente se está haciendo en esa relación.

El vínculo que se establece entre un acompañante y un acompañado ha de estar acordado porque se trata de **dos sujetos libres**. Claridad en la naturaleza de la relación que servirá tanto para evaluar la utilidad de ésta como para valorar si es necesario algún cambio; sobre todo, servirá para minimizar la aparición de 'ambigüedades relacionales' que terminen por deteriorar la verdadera naturaleza del encuentro.

Enunciamos brevemente sólo algunos de los asuntos importantes que han de quedar claros en un buen encuadre, antes de comenzar la relación de acompañamiento:

- Sobre qué **temas** se va a hablar y sobre qué asuntos el acompañante no es la persona indicada. Lo habitual es que el tema central sea el paso de Dios por la vida de la persona. Eso hace que haya que hablar de asuntos que tienen que ver con la oración (modos, ritmo, etc.) o, en general, la vida de Fe (sacramentos, grupos, etc.). También sobre las consecuencias de vivir la Fe en la vida cotidiana (dificultades, invitaciones a modificaciones en el estilo de vida laboral o relacional, toma de decisiones, etc.).

Ahora bien, no es extraño que, en medio de estos temas, comiencen a aparecer otros que serían más propios del ámbito de la consejería psicológica (*Counseling*) sin llegar a la psicoterapia. Pensamos en asuntos de pareja, crianza de los hijos, cuestiones relacionadas con la vida afectivo-sexual, etc.; incluso, es posible que surjan asuntos propios del ámbito de la psicoterapia de orden afectivo, cognitivo, vivencias que alteran la vida ordinaria, etc. Un buen acompañante debe de saber dónde está el límite, no sólo de lo que sabe -podría tener formación en diversas disciplinas- sino, como ya hemos dicho, de lo pactado con la persona acompañada que se hablaría en el contexto del acompañamiento. Es importante porque minimiza deslizamientos temáticos sutiles fruto de gustos y apetencias del acompañante o del acompañado que pueden ir dando un tono al encuentro muy alejado de los comienzos. No son pocos los acompañamientos espirituales que derivan en relaciones con matices de dependencia, codependencia, asesorías que son vividas por familiares como intromisiones, incluso en relaciones afectivo/sexuales. Enunciar claramente los objetivos del acompañar sirve al propósito de no desviarse del camino y de caer en la cuenta cuándo el asunto que había convocado esos encuentros se va desdibujando. Tener claro lo que se pretende, ayuda a evaluar cada cierto tiempo recordando la aseveración académica de que '*lo que no se evalúa se devalúa*'.

- Con qué **frecuencia** se van a producir los encuentros. De cara a preservar la mayor fidelidad posible al objetivo que reúne a las personas, es importante especificar, desde el principio y de mutuo acuerdo, la frecuencia de las reuniones. Evita la subjetiva tendencia a aumentar o disminuir el número de sesiones según las preferencias o atracciones de todo tipo en alguna de las partes. Desde el punto de vista técnico, un acompañante ha de tener cierta conciencia de la regularidad que necesita para ayudar a las personas con las que habla, según sus características, y proponérselo así a su acompañado/a; también ha de estar muy atento/a a posibles alteraciones de ese ritmo y la justificación de éstas, suelen ser señales indirectas de lo que está ocurriendo y no se enuncia.

- **Duración** de cada encuentro. Por la misma razón, es importante objetivar la duración de cada encuentro. Ayuda a focalizar la atención en el motivo del encuentro y a no prolongar innecesariamente las conversaciones cuando existe algún tipo de atracción física o psíquica por parte de alguno de los intervinientes que puede contaminar la relación, alguna relación de dependencia, etc. Esto, claro, en el caso de percibir movimientos al respecto, es materia para hablar con la persona que supervisa y así poder recibir un *feedback* de lo que puede estar ocurriendo.

- Durante qué **período de tiempo** se va a dar la relación acordada y si va a ser prorrogable. Es bueno marcarse un tiempo de trabajo por diversas razones; algunas ya están enunciadas. Estamos ante un encuentro que tiene una naturaleza de ayuda temporal, nadie sano necesita un acompañamiento con la misma persona toda la vida. Lo natural en nuestras sociedades es que la medida sea la del curso académico, de verano a verano, parando y volviendo a renovar el acuerdo si ambas partes lo ven oportuno. Lo cierto es que los acompañamientos *sine die* no suelen ser buenos, terminan desnaturalizándose de diversos modos, incluso se vuelve complicado suspenderlos porque puede resultar violento para el acompañado decir que ya no quiere continuar con esa ayuda produciéndose, ciertamente, una situación indeseable: la de quien acude a ser acompañado sin motivación o confianza, por puro compromiso. Siguiendo el sabio criterio de Teresa de Jesús, es recomendable cambiar ocasionalmente de acompañante bien porque la persona acompañada cambia con el tiempo, bien porque el acompañante ya tiene poco más que decir en la vida de otro, bien por ambas cosas al tiempo. Cambiar de acompañante es cambiar de mirada alternativa y abrir la posibilidad de descubrir matices antes no vistos. Además, ayuda a mantener libertades, de un lado y otro, así como a recordar que está en la esencia del buen acompañante no resultar indispensable para que una persona madure psicológica y espiritualmente.

- En qué **lugar** se va a producir ese acompañamiento y en qué momento del día. Es muy importante que el lugar y el momento sean adecuados para lo que se pretende y constantes, el mismo lugar y la misma hora. Somos animales simbólicos, tanto los espacios como los tiempos poseen significados culturalmente inscritos en nuestro psiquismo asociados a diversas actividades y tipos de relación; no son indiferentes. Por ejemplo, quedar para comer y charlar no es lo adecuado para un acompañamiento espiritual porque eso es lo que se hace con compañeros de trabajo, amigos o parejas, el entorno es *distractivo*, etc.; mucho menos adecuado es quedar para cenar que en nuestra cultura posee connotaciones vinculadas al ocio y tiempo libre y otro tipo de relaciones. Quedar en un espacio aislado, sin que nadie sepa que se está ahí, a deshora, no parece lo más recomendable; y así podríamos seguir enunciando situaciones. Hemos de recordar que el espacio y el momento para el acompañamiento espiritual deberían de ser expresión de lo que se está haciendo para evitar equívocos en ambas partes, ambigüedades que pueden llevar a perder el norte y entrar en una mala práctica en el acto de acompañar.

Para terminar, sólo mencionaremos ya muy brevemente algo sobre lo que venimos insistiendo toda la ponencia: la necesidad de una experta e intensa **supervisión** de un buen hacer en el ámbito del acompañamiento.

La mirada de un tercero es esencial en toda relación de ayuda, particularmente en los momentos iniciales, pero no sólo; son muchas las ocasiones en las que alguien que se dedica a ayudar a personas, tanto en espectro terapéutico como en el espiritual, necesita contrastar con otra persona algunos asuntos que pueden estar sucediendo en la relación. No siempre se trata de asumir que hay alguien que sabe más, eso es innegable sobre todo al comienzo, sino que estamos ante un acto de disciplina profesional muy útil si uno desea no perder objetividad en la tarea que está realizando.

Ya hemos dicho que acompañar es una relación de intimidad, en el sentido estricto de la palabra, en el que dos personas se encuentran para hablar sobre temas personales que, frecuentemente, son susceptibles de ser manipulados o malinterpretados (afectividad, espiritualidad, dar modo y orden, etc.). La figura de un supervisor no sólo ayuda a objetivar esa relación cuando se le consulta, sino que, además, el mero hecho de saber de su existencia ayuda a ambas partes a mantenerse en su sitio porque es una figura que habita el espacio psíquico interpersonal, aunque no esté presente en ese momento.

Conocemos bastantes contextos religiosos que están implementando la supervisión de la actividad de acompañamiento con éxito, pero aún queda mucho terreno por conquistar. Con demasiada frecuencia, el/la acompañante acometen su función de un modo extraordinariamente personal, desde una perspectiva subjetiva y, por qué no decirlo, sobrevalorada; son personas que se resisten muy activamente a ser observados y contrastados por otra persona. Convierten su acompañamiento en una habitación psíquica cerrada, inaccesible, pero, también, de la que no se puede escapar; tal vez por inseguridad personal o tal vez por exceso de seguridad. Esto es un problema que también requeriría afrontarlo en otro momento porque no podemos dedicarle más tiempo en este espacio.

Hasta aquí un cuadro, un tanto expresionista, sobre el tema propuesto para esta ponencia realizado a base de grandes brochazos que tratan de dar cuenta de la magnitud y complejidad del asunto. Queda claro que cada tema es susceptible de un mayor desarrollo y matización, pero ojalá que lo brevemente expuesto pueda servir para avivar una discusión que sólo puede ser eclesial si conduce a una mayor unión de ánimos orientada a **ir ganando en calidad y calidez en nuestras relaciones interpersonales**, tanto *ad intra* como *ad extra*. Esto solo podrá ser si somos capaces de mirarnos corporativamente del mismo modo que la Trinidad mira al ser humano en la contemplación que nos propone Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales [Ej. 101-109] : al ver a sus criaturas (las personas) convulsionadas y contradictorias, no cierra los ojos negando la realidad, no da rienda suelta a la ira o el castigo de quien podría sentirse traicionado, sino que la palabra que les brota a las tres Personas al unísono es "*hagamos redención*", comprometiéndose con su criatura por puro amor compasivo, literalmente, desviviéndose. Es desde esa mirada realista pero amorosamente constructiva y comprometida desde la que nos gustaría que pudiera ser considerado todo lo dicho.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Arterburn, S. y Felton, J. *Toxic faith. Experiencing healing from painful spiritual abuse*, Waterbrook Press, Colorado 2011.
- Bent-Goodley, T. B. y Fowler, D. N. "Spiritual and religious abuse. Expanding what is known about domestic violence" en *Journal of women and social work*, 21 (3), 2006, 282-295.
- Berthelot, N. (et al.), "The protective role of mentalizing: Reflective functioning as a mediator between child maltreatment, psychopathology and parental attitude in expecting parents" en *Child Abuse & Neglect* 95, 2019, art 104065, <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0145213419302443?via%3Dihub> (Consultado en septiembre de 2022).
- Bleichmar, H., "La esclavitud afectiva: clínica y tratamiento de la sumisión" en *Aperturas Psicoanalíticas. Revista internacional de psicoanálisis* 28, 2008, <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=389> (consultado en septiembre de 2022).
- Bleichmar, H. y Espeleta, S., "Teoría y técnica de la descolonización emocional: una introducción" en *Aperturas psicoanalíticas. Revista internacional de psicoanálisis* 54, 2017, www.shorturl.at/bmF56 (consultado en mayo de 2020).
- Bleichmar, S., *La construcción del sujeto ético*, Paidós, Buenos Aires 2011.
- Bleichmar, S., *Vergüenza, culpa, pudor*, Paidós, Buenos Aires 2016.
- Blue, K., *Healing spiritual abuse*, InterVarsity Press, Illinois 1993.
- Camps, V., *Tiempo de cuidados. Otra forma de estar en el mundo*, Arpa, Barcelona 2021.
- Cashwell, C. S. y Swindle, P. J., "When religion hurts: supervising cases of religious abuse" en *The Clinical Supervisor* 37(1), 2018, 182-203.
- Chomsky, N. y Barsamian, D. *Propaganda and the Public Mind*, Haymarket Books, Chicago 2015.
- Churchland, P. S., *Conscience. The origins of moral intuition*, Norton and Co., Nueva York 2019.
- Diederich, R.F., *Broken trust. A practical guide to identify and recover from toxic faith, toxic church, and spiritual abuse*, LifeChange Publishing, Minneapolis 2017.
- Dorr, D. "Sexual abuse and spiritual abuse" en *The Furrow* 51 (10), 2000, 523-531.
- Fernández, S. "Towards a definition of abuse of conscience in the catholic setting" en *Gregorianum* 102 (3), 2021, 557-574.
- Gula, R. M., *Just Ministry. Professional ethics for pastoral ministers*, Paulist Press, Nueva York 2007.
- Haidt, J. "The emotional dog and its rational tail: a social intuitionist approach to moral judgment" en *Psychological Review*, vol. 108 (4), 2001, pp. 814-834.
- Haidt, J. *The righteous mind. Why good people are divided by politics and religion*, Vintage Books, Nueva York 2012.
- Hansen, G.S., *Gaslighting. Overcoming emotional and spiritual abuse by letting go of a bad relationship*, Sannainvest Ltd., Nueva York 2020.
- Jacobs, L. "On dignity, a sense of dignity, and inspirational shame" en *Psychoanalytic Inquiry*, 37 (6), 2017, 380-394.
- Johnson, D. y Van Vonderer, J., *The subtle power of spiritual abuse. Recognizing and escaping spiritual manipulation and false spiritual authority within the church*, Baker Publishing Group, Michigan 1991.
- Kvarfordt, C. L., "Spiritual abuse and neglect of youth: reconceptualizing what is known through an investigation of practitioners' experiences" en *Journal of Religion and Spirituality in Social Work: Social Thought* 29, 2010, 143-164.
- Lennan, R., "Beyond Scandal and Shame? Ecclesiology and the longing for a transformed church" en *Theological Studies* 80 (3), 2019, 590-610.

- Lew, M., *Victims no longer. The classic guide for men recovering from sexual child abuse*, Harper, Londres 2004 (2ªEd.).
- Lewis, T. "Sexual abuse, spiritual formation and psychoanalysis" en *Studies in Gender and Sexuality* 5 (1). 2004, 57-80.
- Markham, D. J. y Mikail, S.F., "Perpetrators of clergy abuse of minors: insights from attachment theory" en Plante, Th. (Ed.), *Sin against innocents. Sexual abuse by priests and the role of the catholic church*, Praeger, Westport 2004, 101-114.
- Meana, R., "Formados, éticos y lúcidos. Consideraciones sobre el acompañante espiritual desde una perspectiva antropológica" en *Sal Terrae* 105, 2017, 879-893.
- Meana, R. "Una mirada sobre las tres maneras de humildad" en *MANRESA. Revista de Espiritualidad Ignaciana* 90, 356 (2018), 295-298.
- Meana, R., "El sujeto resistente frente a los abusos. Vivencia de dignidad y coraje de ser" en Meana, R. y Martínez, C. (Dirs.), *Abuso y sociedad contemporánea. Reflexiones multidisciplinares*. Thompson-Reuters 2020, 247-282.
- Meana, R. y Martínez, C. (Dirs.) *Abuso y sociedad contemporánea*, Thompson-Reuters, Navarra 2020.
- Meana, R. "La prisión invisible (II): impactos del prejuicio estigmatizante sobre el sujeto psíquico y vías de salida" en Meana, R. y Martínez, C., *Dignidad y equidad amenazadas en la sociedad contemporánea. Aproximación interdisciplinar*, Thompson-Reuters, Navarra 2022, 89-125.
- Meana, R. y Martínez, C., *Dignidad y equidad amenazadas en la sociedad contemporánea. Aproximación interdisciplinar*, Thompson-Reuters, Navarra 2022.
- Meissner, W.W., *To the greater glory. A psychological study of Ignatian Spirituality*, Marquette U. Press, Milwaukee 1999.
- Mitchell, S. A., *Influencia y autonomía en psicoanálisis*, Ágora Relacional, Madrid 2015.
- Murillo, J. A. "Abuso sexual, de conciencia y de poder: una nueva definición" en *Estudios Eclesiásticos* 95 (373), 2020, 415-440.
- Oakley, L. R. y Kinmond, K. S. "Developing safeguarding policy and practice for spiritual abuse" en *The Journal of Adult Protection* 16 (2), 2014, 87-95.
- Oakley, L. y Humphreys, J., *Escaping the maze of spiritual abuse. Creating healthy Christian cultures*, SPCK, Londres 2019.
- Oakley, L. y Kinmond, K., *Breaking the silence on spiritual abuse*, Palgrave MacMillan, Nueva York 2013.
- Orobator, A. E., "Between ecclesiology and ethics: promoting a culture of protection and care in church and society" en *Theological Studies* 80 (4), 2019, 897-915.
- Papa Benedicto XVI- *Discurso del papa Benedicto XVI A los sacerdotes de la diócesis de Aosta en la iglesia parroquial de Introd*, (2005). https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2005/july/documents/hf_ben-xvi_spe_20050725_diocesi-aosta.html (consultado online en septiembre de 2022).
- Papa Francisco- *Carta del Santo Padre Francisco al Pueblo de Dios*, 2018. https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2018/documents/papa-francesco_20180820_lettera-popolo-didio.html (consultado online en septiembre de 2022).
- Papa Francisco- *La cultura del cuidado como camino de paz". Mensaje del Santo Padre Francisco para la celebración de la 54 Jornada Mundial de la Paz*, 2021, https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/peace/documents/papa-francesco_20201208_messaggio-54giornatamondiale-pace2021.html (consultado online en septiembre de 2022).
- Plante, Th. (Ed.), *Sin against innocents. Sexual abuse by priests and the role of the catholic church*, Praeger, Westport 2004.

- Purcell, B. "Spiritual Abuse" en *The American Journal of Hospice and Palliative Care* julio-agosto 1998, 227.
- Rodríguez-Carballeira, A. et al. "Taxonomy and hierarchy of psychological abuse strategies in intimate partner relationships" en *Anales de Psicología* 30 (3), 2014, 916-926.
- Sáez, R. *Evolución humana: Prehistoria y origen de la compasión*, Almuzara, Córdoba, 2019.
- Shahar, G. "Yalom, Strenger, and the psychodynamics of inner freedom: a contribution to existential psychoanalysis" en *Psychoanalytic Psychology* 39 (1), 2022, 5-11.
- Teresa de Jesús, *Obras Completas*, Monte Carmelo, Burgos 1984.
- Undurraga, J., "Control mental destructivo: el enemigo invisible. Cómo operan las sectas" en *Psiquiatría y Salud Mental* 33 (3-4), 2016, 164-177.
- Ward, D.J., "The lived experience of spiritual abuse" en *Mental Health, Religion and Culture* 14 (9), 2011, 899-915.
- Ward, T. et al. (Eds.), *Theories of sexual offending*, John Wiley and Sons, West Sussex 2006.
- Wehr, D. S. "Spiritual abuse. When good people do bad things" en Young-Eisendrath, P. y Miller, M. E. *The psychology of mature spirituality. Integrity, wisdom, transcendence*, Routledge, Londres 2000, 37-48.
- Winnicott, D. "Ego distortion in terms of the true and false self" en Winnicott, D. y Khan, M. (Eds.), *The maturational processes and the facilitating environment: Studies in the theory of emotional development*, Hogarth, Londres 1962, 140-152.
- Winnicott, D. y Khan, M.R.R (Eds.), *The maturational processes and the facilitating environment: Studies in the theory of emotional development*, Hogarth, Londres 1962.
- Zollner, H. Conferencia dictada en la Universidad Pontificia Comillas el 6 de marzo de 2019: <https://www.comillas.edu/es/noticias-comillas/19543-proteccion-menores-video-zollner> (consultado en septiembre de 2022).
- Zollner, H. "La responsabilidad de la iglesia católica en la creación de una cultura de salvaguarda" en Meana, R. y Martínez, C. (Dir.) *Abuso y sociedad contemporánea*, Thompson-Reuters, Navarra 2020, 307-322.